

Frida; el estreno

Este jueves se estrena una de las películas más importantes de la temporada. El juicio adelantado de nuestra crítica y nuestro público es largamente conocido pese a que Frida, de esta película se trata, apenas se exhibió durante el pasado Festival Cinematográfico Internacional del Uruguay, donde obtuvo el primer premio del jurado. En aquella oportunidad la totalidad (y no existieron excepciones) de la crítica uruguaya siguió el camino de sus colegas internacionales que habían visto la película en los Festivales de La Habana, Róterdam y San Sebastián. Si bien es posible que otras películas consigan esa unanimidad, lo excepcional de Frida es que la respuesta de crítica y público es de para una de las películas más elaboradas del cine latinoamericano aunque en su primera visión pueda parecerse a algo muy simple. Más aún, esa excepcionalidad está pautada por la misma historia de la concepción del film, su rodaje y su estreno final, algo que tampoco fue muy normal.

El mexicano Paul Leduc, uno de los cineastas más prestigiosos de aquel país, conocido en nuestro medio por varios antecedentes (Rosa: México Insurgente, Historias prohibidas de Pulgarito), estaba impactado con otra personalidad femenina de la reciente historia de México. Andaba tras los pasos de Tina Modotti intentando atrapar su vida en un librito, cuando circunstancias diversas lo desviaron hacia la pintora Frida Kahlo, que aparecía varias veces en la historia de la Modotti. Casi jugando Leduc empezó a escribir una historia de Frida, no un alegato ni una biografía tipo oficial. Quería haber una película muda, sin diálogos, y quizá en blanco y negro tal como había concebido la historia de la Modotti y eso envoltorio lo fue atrapando.

La periodista mexicana Susana López escribió sobre la película que "no se trata, empero, de una reconstrucción historicista... sino de una evocación. Evocar, en su sentido primitivo, es convocar a los espíritus de los muertos, y al conjuro de las imágenes y sonidos. Frida va integrando la visión de una figura compleja y rica; el retrato emotivo de una mujer artista, apasionada, soliente y profundamente vital. Modelada naturalmente a partir de la Frida Kahlo personaje público, la Frida de Leduc pertenece al ámbito de la creación artística y a ella de modo fundamental obedece y responde". La observación de lo evocativo es tentadora, por lo menos el trabajo de Leduc tiene ese matiz casi mágico de extraer tópicos de una vida y convertirlos en una experiencia inédita. Es decir, capaz de incomodar en las secuencias iniciales para después ejercer un acto de hipnosis que, por supuesto, invita además a la reflexión.

Peró lo increíble es que Leduc fue estructurando un rompecabezas sobre la pintora con la clara convicción de dirigirse a un público que no conocía para nada a ese personaje, pero que no importaba ese desconocimiento. Conviene saber, y de hecho todas las crónicas lo han repetido, que Frida Kahlo es una de las pintoras más cotizadas de nuestro continente, que estuvo casada con el célebre muralista Diego Rivera, que fue amiga del también muralista David Siqueiros, que fue amada por León Trotsky cuando este estuvo en el exilio mexicano, que fue descubierta por el francés André Breton que llevó sus obras a París, que fue —finalmente— admirada por Pablo Picasso, Kandinsky y Duchamp entre otros intelectuales y artistas contemporáneos. Pero si Frida Kahlo fue todo eso, también se trató de una luchadora política, participante activa de las manifestaciones de su época que se hacían eco de la Revolución de 1910. Legataria ella misma de esa reivindicación de lo nacional dentro de la cultura mexicana, Frida sintetizó las raíces indigenistas legendarias con su formación estética europea, provocando así una obra muy particular cuando en general la estética de lo nacional y popular de entonces se volcaba de lleno en el muralismo.

Como si eso fuera poco, Frida fue además una mujer muy sufrida, desgraciada al sufrir poliomielitis en la infancia, un accidente de auto en la adolescencia y una posterior frustración de su maternidad. Postrada en una cama, apoyada en una muleta, terminó perdiendo una pierna por peligro de gangrena. Su vida y la de sus paisanos se combinaron entre el realismo y la fantasía mitológica, fue su propio modelo para dibujar el dolor de una mujer y el deseo de una mexicana que apuntaba a la esperanza a través de las alusiones que buenos dioses del pasado podían hacerle llegar. De la suma de todo eso proviene una extraña fascinación, ese acto de hipnosis que Leduc extiende al público a través de imágenes cargadas de belleza y de vida. No hay dos opiniones sobre esta película: encierra una experiencia muy singular y poderosa.